

HAZANAS DE PANCHO VILLA

Por JOSE M. FRANCES

Interesante libro del que es autor José M. Frances, que trata de la vida y aventuras del famoso guerrillero Pancho Villa, el Centauro del Norte, y que se vende en "EL SOL" 62 Sur Calle Tercera, Phoenix.

(Continúa de la semana pasada)

El que habla así es un villista arrepentido, por interés. Lo mismo diría de Carranza, si éste fuese el muerto y Villa el vencedor.

La especie de que Pancho había muerto, fue hábilmente aprovechada por el propio interesado. Con ello consiguió facilitar la retirada de los norteamericanos, sin enemigo a quien combatir y determinó una confianza, peligrosa entre los carrancistas.

Y he aquí que, de súbito, el muerto resucita. En San Juan Bautista, en su nativo Durango, donde el Maestro se apareció a sus discípulos. Una docena de jefes y subjefes, le aclamaron allí y prometieron conquistar el mundo, al verlo sano y salvo.

Y los interlocutores de antes se vieron en el caso de decir ahora:

—¿Sabe usted la noticia? Pancho Villa no murió.

—No me diga... con ese hombre nunca sabe uno...

Los hombres de Villa, que se aproximaban, todavía, a seis mil, no conquistaron el mundo. Pero sí pisaron la tierra bendita de Chihuahua y se atrevieron a hacer una incursión dentro de la capital del estado, donde, siguiendo las instrucciones del jefe, que no capitaneó el grupo, corrieron la pólvora y, replegaron ininidad de objetos y cristales. Hecho esto se replegaron como de rayo.

Era un aviso. Pareció como si el coloso, aun fuera tal y dijese a las gentes: "¡Mucho cuidado! ¡Aún estoy vivo y coleando!"

Con todo, ya no era el Villa de antaño, si no en lo personal, en su fuerza combativa. La División que diezmo Obregón tiempo antes, se iba reduciendo casa a lo que era en la época de Ignacio Parra: una partida. No obstante, embistió de nuevo a Chihuahua (noviembre de 1916) y después hostilizó Torreón, Rosario, Jiménez, Parral y Ciudad Camargo. Dispuso luego un tercer ataque a Chihuahua, que debía ser el definitivo, pero, a consecuencia de la defección de uno de sus hombres, quien reveló el emplazamiento del arsenal de Villa, éste no contó con el parque suficiente para la empresa y falló ruidosamente en ella. El 2 de abril del año 1917, se colgaron doscientos villistas de los árboles del paseo.

De aquí en adelante sigue un período de saqueos, de asaltos de trenes, de hostilización a convoyes y unidades, de contribuciones a localidades tomadas por sorpresa. La cabeza de Villa vale ahora cincuenta mil pesos mexicanos. Esto le hace decir:

—Cincuenta mil pesos por una cabeza, quieren decir que hay muy poca cabeza y muchos pesos.

Llega a momento en que el gobierno federal decide emplear contra Villa, los "moscos de aire" como él llamaba a los aviones. Los pájaros de acero hacen muy peligrosa la supervivencia de las fuerzas villistas, puesto que desde la altura descubren fácilmente sus escondrijos de la sierra y los bombardean sin piedad. Esto obliga al guerrillero a operar casi exclusivamente de noche, al amparo de la obscuridad.

III

Comentando por aquellos día los últimos coletazos de la epopeya villista, se llegó por observadores desapasionados, a la conclusión siguiente:

"Las extraordinarias aptitudes de Francisco Villa las refleja el hecho de NUNCA SE HA VISTO EN PELIGRO DE SER APREHENDIDO O COPADO; JAMAS SE LE HA INFLINGIDO UNA DERROTA EN EL SENTIDO ABSOLUTO DE LA PALABRA; NADIE LE HA PODIDO PRIVAR EN MATERIA DE ALIMENTOS, DINERO, CABALLOS NI MUNICIONES. Señorea a su albedrío comarcas inmensas donde tiene amigos y admiradores, a quienes da a guardar dinero, parque y armas, de todo lo cual hace uso cuando lo cree oportuno".

Sólo tomando en cuenta las constataciones que preceden, comprendemos hoy que a partir de su naufragio definitivo como Jefe de una División, dispersada ésta y acorralado él por fuerzas superiores, con su cabeza puesta a precio, lograra proseguir durante más de cuatro años su táctica favorita, sin dar un momento de reposo al gobierno de Carranza.

Entretanto el Gobierno de don Venustiano, que es casi como decir don Venustiano mismo, llevaba a cabo cosas buenas y cosas malas. Entre las primeras descuella la Constitución de 1917, tomada por modelica y de la que aun se halla en pie lo más notable. Entre las malas, cabe catalogar el fusilamiento de Felipe Angeles, gloria nacional en el ejercicio de su profesión, persona excelente y que si anduvo con Villa durante la época gloriosa de la División del Norte, lo hizo como especialista en una arma que ayudó mucho a derrumbar el huertismo. Y si después de residir en los EE. UU., se levantó contra Carranza, no llevó a cabo otro crimen que el de anticiparse a lo que algunos hicieron más tarde con menos nobleza. Que no es lo mismo enfrentarse con un Jefe de Estado y decirle: "Excelencia, aquí estoy yo, dispuesto a derrocar su gobierno" o asesinarlo arteramente como hicieron con Carranza en Taxcalantongo, seis meses después del sacrificio del noble y competente artillero.

EPISODIO DECIMO OCTAVO

RECUERDOS Y EFEMERIDES

I

Antes de entrar a ocuparnos de cómo reaccionó Pancho Villa ante la muerte de su mortal enemigo, a manos de quienes no lo eran menos, séanos permitido proyectar algo así como un film documental de lo que fué la vida azarosa del mejor guerrillero de nuestra época, durante el pronunciamiento declive que va de sus proezas inigualadas a su regreso al monte, como malhechor fuera de la ley.

Hemos dicho y repetido que Pancho Villa tenía tanto de (Pasa a la página 4)

CUENTO DE HOMENAJE

POBRE VIEJO

Por Angel del CAMPO

POBRE VIEJO ¡SOIS! PEPE. Rendimos homenaje con este hermoso cuento, al Maestro. A todos los educadores y Apostoles de la enseñanza, seres extraordinarios para quienes guardamos el cariño más claro y fiel. El Maestro, nuestro maestro, fué ejemplo, arquetipo de sabiduría y bondad; en él conocimos todas las virtudes.

NI DUDA, aquella era la casa; lo encontré todo igual. El tiempo, es verdad, la había hecho más triste porque estaban manchadas las paredes con las huellas de la lluvia y el musgo dibujaba en ellas siluetas verdinegras: el santo de cantera, el roto macetón de la azotea, el balón mohoso, la entrada angosta: ¡todo lo mismo! Sólo que en el ventanillo no se veía la jaula del loro locuaz, ni aquellos tientos de geranio y rosa de castilla... ¡Con qué emoción leí aquel rótulo que en fondo negro y con letras blancas casi borradas, decía: COLEGIO PARA NIÑOS!

Subí la escalera de mampostería. Como siempre, ardía en el descenso la lamparilla frente a la Virgen de Guadalupe.

Asomé tras el portón verde, no la muchacha harapienta, la pelona famosa, sino una viejecita enjuta... En el silencio de la casa, en el aire discreto de la criada, en todo adiviné lo que había pasado...

—¿El señor Quiroz?, pregunté.

—Esta mañana a las tres, me respondió con aire conungido la vieja, llevándose el delantal a los ojos... pasé usted...

¡El señor Quiroz había muerto! Aquel hombre intachable, aquel cuyo recuerdo apenas vive en tantos que, como yo, mucho le debieron... solo, ni uno de sus discípulos lo acompañaba en aquella pieza desmantelada que conocía tan bien: el mobiliario miserable de aquella sala pobre; las consolas sin pie; el sofá de cerda; el estante de libros viejos; la esfera terrestre; aquel diploma pegado a la pared... junto a un mapamundi; la mesa revuelta que le regalamos de cumpleaños el año de 70, llena de firmas infantiles y borroncadas; en medio de la pieza, el catre de hierro y sobre sus tablas desnudas un cadáver vestido de luto; un pafuelo le cubría su cara, y a los lados dos grandes cirios que ardían. ¡Era el maestro de primeras letras! Con respeto y temor lo descubrí. ¡Cómo había envejecido! ¡Qué aspecto tan desconsolador en aquellas líneas modeladas por la muerte...! ¡Y qué elocuente aquella soledad silenciosa, donde antes todo era bullicio...! ¡Pobre amigo, yo le acompañaría. Y me senté en el viejo sofá, de cerca, y me puse a pensar en el pasante!

¿Te acuerdas? aquellas mañanas cuando oía la voz de mi madre que me gritaba: ¡Van a dar las ocho! Aquel mal humor con que me levantaba, aquellas cóleras diarias contra la criada que me restregaba con demasiada fuerza el zacate y el jabón al lavarme el pescuezo, la brusquedad con que pasaba el cepillo por lo cabellos aún rubios; el desayuno apurado de prisa, y aquel desconsuelo al tomar la bolsa deshecha donde dormía la pizarra, el libro de mantilla y el Padre Ripalda... ¡Las ocho! Era hora: llorando todavía llegaba al colegio; la criada me veía subir desde el zaguán, mientras le gritaba antes de tirar del gasiento cordón de la campanilla: ¡Ven a las doce en puntito!, y entraba.

No puedo olvidar aquella pieza... aquel techo lleno de pelotas de papel mascado; las paredes con letreros y manchas de tinta morada, negra y roja; los mapas polvorientos, las muestras de dibujo, el sistema métrico decimal; el Corazón de Jesús al frente sobre un reloj siempre parado...

La plataforma pintada de negro y encima la mesa del señor Quiroz; el tintero representando un ciervo; la regla, las planas en orden; los libros formando pilas... las dos hileras de blancas mesas con sus tinteros de plomo, sus cándados, las tapas de las papeleras y tantas letras grabadas con navaja en las maderas de los muebles... Me parece volver a aquellos tiempos, siento el aire fresco de aquellas mañanas, el olor del ladrillo re-

cién regado, el sol entrando por el balcón abierto, el señor Quiroz golpeando la mesa con la regla y gritando:

—¡Pepito López, a su lugar!... para seguir rayando concienzudamente el papel... Juanito Llamas borraba cifras aritméticas en el pizarrón, Miguel Vilches, oculto por la tapa de la papelera, mordía un cuerno de rosca; tras el antifaz de los cateciscos platicaban Mejía y Méndez; leía en voz alta zamudio y Pepito López, inquietísimo se deslizaba la hipocritamente a lo largo de la banca (siempre era su disculpa) para pedir un lápiz a Marticorena o a mí, que con la vista vaga seguía el vuelo de las moscas que aprisionaba Orozco y pegaba con cera a soldados de papel.

¡Ah, época inolvidable! No se cuidaba uno ni del día ni del mes, sino para saber, porque todos los juegos tenían su temporada, cuando el balero, cuando las canicas, cuando concluía el reinado del trompo y comenzaba el de los huesos de chabacano, el piso y el burro... Sin más temor que el de ser sorprendidos en infraganti conversación, en desiguales cambalaches de pizarrones y caramelos o en el mayor crimen, fumar, páldos de espanto, tras la puerta del caomán, el primer cigarro de monzón robado al ama de llaves.

—¡Pepito, media hora de castigo!

—¿Señor, si no he hecho nada!

—Si señor, está usted distraído a Oropoco; ¡media hora!

—No señor (peremiqueando) ¡a la otra!...

Y a su lugar! (reglazo).

Y después de estos diálogos, el señor Quiroz seguía rayando papel, hasta que alguno alzaba el brazo y enseñando dos dedos pedía permiso para hacer de las aguas.

—¡Está ocupado!— aquel era el gran pretexto; ir a tomar agua o a cumplir alguna función fisiológica de gran importancia. En aquellas escapadas se mordía el pedazo de pan, resto del desayuno; se comían las canicas, y, sobre todo, se estaba fuera de aquella pieza estrecha y de aquellas durísimas bancas, donde colgaban los pies; se lavaban las manos llenas de tinta, frotando los dedos en el ladrillo del lavadero... y haciendo repetir al perico aquella mala palabra que sabía y todos oían con una punzante curiosidad, y se repetía en voz baja, muy baja, porque si el señor Quiroz la oía, ¡al cachote!, aquel cuarto húmedo y oscuro lleno de sillar rotas, tinas desfondadas y ropa sucia, donde paseaban las ratas del tamaño de un conejo. Había alacranes y mestizos, que acobardaban a los más valientes; era preferible dar cien líneas del Urcullu, estar media hora hin-

cado en cruz, hasta recibir la orden de que no le dieran dulce y fruta en su casa, a entrar a aquella pieza que oía a ropa sucia y humedad.

¿Cuántas cosas habría en el bufete del señor Quiroz? Dicen que ahí guardaba todo lo que les quitaba a los niños; muchas canicas, membrillos mordidos, pedazos de charamuzca, soldaditos de plomo, juguetes de madera, pinturas, caramelos, baleros, trompos; la teja de plomo que servía para jugar al "maleche" pliegos de papel de colores para forrar libros y tapizar los cajones, armillas, qué sé yo! Todos se iban a jugar al patio y uno se quedaba solo. Gritaba la criada: —Por el niño Mendoza! —Hasta las seis, respondía mi serío el señor Quiroz. No valían ruegos, no valían pretextos. ¡Es la última señora! ¡Ya no lo vuelvo a hacer!... Nada, era inflexible.

Para nosotros el señor Quiroz era un inquisidor; ¡Por qué nos daba garuchos en las orejas? ¡Como se enfullinaba cuando alguno se le paraba de gallito! ¡Pobre viejo! Alguna vez me preguntaba: ¿por qué será tan páldo y tan flaco? Más tarde lo he venido a resolver aquel enigma. Ya sé por qué levaba siempre aquel saco café lleno de manchas, aquel chaleco gris, aquel pantalón de casimir del país con grandes rodilleras: sé por qué se ponía pensativo al reflexionar en la mañana, y por qué está páldo y flaco un hombre que no tiene dinero, a quien matan lentamente las privaciones, a quien consume el cerebro al repetir año tras año: —"¿Qué es gramática". Escribir día tras día el mismo ejemplo de sumar quebrados; resistir el eterno dos por cuatro, dos por tres: seis; levantarse con el alba, sufrir malas respuestas y cargos de papás descontentos.

Esta es la vida. ¿Por qué el inventor tiene bustos de bronce que lo immortalizan y retratos y biografías en los periódicos ilustrados. ¿Por qué el mercader se agradece al sembrador se olvida. Por qué sólo se alaba el enaje de piedra que corona las hermosas cornicas y no hay alguna mención para el cimiento? Es un amigo de los primeros años; descifra ese jeroglífico encerrado en las páginas del silabario, esa frase milagrosa que al pronunciarla se abren inmensos horizontes desconocidos de la vida, da la clave para arrancar al libro su riqueza, arroja en el alma ese primer germen que diferencia al estúpido del hombre social, y sin embargo, es par todos un pobre viejo retrogrado, porque a fuerza de enseñar ya nada puede aprender, un bilioso que castiga sin justicia, a quien se le paga una vil men-

(Pasa a la página 4)

Mujeres Jovenes y Señoras

—(NO SE REQUIERE EXPERIENCIA)—

Aprenda a operar nuestras máquinas de cocer de fuerza y PREPARESE PARA UN TRABAJO QUE PAGA MUY BUENOS SUELDOS en la industria de Piezas de Ropa Local.

TRAIGA ESTE ANUNCIO AL VISITARNOS

y le daremos una prueba GRATIS.

Venga entre: 10 de la mañana y 7 de la noche.

—NO SE REQUIERE HABLAR INGLES—

INDUSTRIAL GARMENT TRAINING CENTER

MR. R. BENSON

730 E. WASHINGTON ST. PHOENIX, ARIZ.

Habra su cuenta con este fuerte banco donde usted será es bien venido

VALLEY NATIONAL BANK

MEMBER FEDERAL DEPOSIT INSURANCE CORPORATION

Cuál de Ellas? A-1



A-1 ... La Cerveza mas Grandiosa de América con VERDADERO sabor a Pilsner!

Arizona Brewing Company, Inc., Phoenix, Arizona

ESCUCHEN

"Cantares AL AMANECER"

con Efren Valenzuela

LUNES a SABADO

de 5:00 a 7:00 A.M.

K P O K

1440 Kilociclos

